

QUE RECUERDEN TU NOMBRE

Levantó, como siempre hacía al final de cada concierto, el clavo que llevaba colgado al cuello. Era su abalorio más antiguo y desgastado. El resto de su estética estaba más cuidada: pulseras de pinchos, anillos de calaveras, botas negras pintadas con fuego en la punta... pero él siempre alzaba su clavo, como muestra de triunfo al terminar. Al hacerlo, el público comenzó a corear de forma unánime:

—¡AN—DRÉS MA—RÍN! AN—DRÉS MA—RÍN!

No pudo evitar sonreír al recordar una conversación que tuvo hacía ya 20 años.

—No seas cutre, tío. Andrés Marín es menos heavy que Encarnita Polo. Ponte... “Andy Thunder” o algo así, que tiene más garra. Y quítate esa mierda del cuello, que te va a dar cangrena.

—Qué envidia tienes de mi clavo, hay que joderse. Y escucha, podría llamarme Merceditas Campoamor y aun así sería más heavy que tú.

Eran amigos desde los cinco años. Al principio por la costumbre que une a dos niños que viven al lado; después, por la pasión compartida. Fue con 13 años cuando Andrés aporreó el timbre de la casa de su amigo Javi, deseoso de mostrarle el tesoro que acababa de descubrir.

—¿Quién es? —contestó su padre, malhumorado por el insistente sonido que acababa de despertarle de la siesta.

—Eh... hola, ¿está Javi?

—Sí, ¡Javi, es Andrés! ¡Que bajes!

—No, no... ¿puedo subir, por favor?

—Claro, te abro.

Antonio era un hombre parco en palabras, pero agradecía secreta y profundamente a Andrés que, después de tanto tiempo, siguiera manteniendo la amistad con su hijo, que cada vez estaba más aislado. Más de una vez había llegado cabizbajo a casa por algún otro chico que se hubiera metido con él en el colegio, y sabía que Andrés siempre había intercedido para ayudarle.

—¿Cómo te va, Andrés? —le preguntó Antonio, cuando el niño de trece años cruzó el umbral con cara de haber encontrado el Santo Grial.

—Bien, bien, ¿Está Javi en su cuarto?

—Ahí le tienes, haciendo los deberes. No me lo entretengas mucho, ¿eh?

—No, no —mintió el niño, que tenía algo entre manos mucho más importante que las ecuaciones de segundo grado.

—Tío, mañana es el examen y no tengo ni idea de...

—¡Eso da lo mismo! Enciende el ordenador, que vas a flipar —repuso Andrés.

—¿Qué pasa?

—Tú enciéndelo, corre.

Javi obedeció a su amigo y, tras la correspondiente espera, encendió su *Windows XP*

—Macho, tienen que poner internet en tu casa, que ya no sabes qué hacer para ver tetas.

—Calla, gilipollas. Pon esto.

Andrés sacó un objeto cuadrado de la mochila, con el cuidado de quien desentierra una pieza de cerámica milenaria de incalculable valor. Era un CD en una funda de plástico transparente a través de la cual se leía:

Warcry – Alea jacta Est.

—¿Qué es? —preguntó Javi, mirándolo con un aire de sospecha.

—Ponlo.

Los primeros acordes de *El guardián de Troya* aún no despertaron la curiosidad del niño, que seguía mirando a su amigo con la decepción del que espera el gran efecto final de un truco de magia. No fue hasta que sonó la primera guitarra eléctrica, acompañada por la batería, cuando su cara mutó, desencajándose de asombro ante el sonido que salía por los altavoces. Cuando la voz entonó las primeras estrofas, los dos amigos sintonizaron sus cerebros y sellaron sus destinos para siempre.

—¿QUÉ COJONES ES ESTO?

La única forma de expresar admiración que conocía era empleando aquellas palabrotas prohibidas que tan adulto le hacían sentir.

—CALLA, CALLA, ESCUCHA ESTO —chistó Andrés, señalando al altavoz consciente de lo que venía a continuación—:

—Muero tranquilo he luchado hasta el final, por mi hogar doy la vida; no puedo...

DAR

MÁAAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAA
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAS

El escalofrío que ambos sintieron mientras el grito desgarraba el tedio de sus vidas de estudiantes perdidos sólo se equiparó con el que recorrió su espalda al terminar la canción.

La piel de gallina, la emoción a flor de piel, una identidad que estaba siendo forjada en ese preciso momento. Por primera vez en su vida, estaban siendo conscientes de haber dado con algo enteramente suyo. No atendía a los gustos de sus padres; no sonaba a algo que pudiera pasar por sus oídos sin pena ni gloria, como todo lo que habían escuchado anteriormente. Aquello era verdad, era pureza. Una batalla de proporciones épicas trasladada a una habitación de seis metros cuadrados. La emoción grabada a fuego en sus corazones para siempre. Aquello era música.

Como parte del proceso de reclamar la identidad que “el centro de castración de la creatividad”, como llamaban al colegio, les estaba robando cada día, comenzaron a vestir de negro y con camisetas de sus grupos preferidos. Las tallas eran indicaciones anecdóticas. Si una camiseta de *Pantera* era una XXL, no importaba que ellos midieran 1,60 y pesaran 40 kilos. Lo importante era sentir el metal.

—Mañana puede llevarnos mi madre a *Cherinkas* —le dijo Andrés a Javi, deseoso de volver a la tienda de ropa que se había convertido en su visita particular del paraíso una vez al mes.

—No sé si puedo ir, tío, que tengo que recuperar Historia.

—Pues por el camino ponemos *Avalanch* y así es como si estuviéramos estudiando.

A Javi le sirvió; en parte porque sabía que iba a ir aunque le hubieran quedado todas las asignaturas; en parte porque tampoco iba a perderse el nuevo disco que habían sacado.

Cada incursión en las tiendas de rock era una oportunidad de mezclarse con los de su clase; los rebeldes, los incomprendidos, las ovejas negras orgullosas de serlo. Aquellos que se apartaban del rebaño, preferían estar solos antes que juntarse con pokeros y chonis, pijos o skaters... ni siquiera con los emos. Estos últimos eran un insulto a su raza; un sucedáneo barato de los auténticos heavys. Unos descafeinados lloricas de pelo grasiento cuya personalidad se basaba en la tristeza.

Andrés y Javi eran los dos únicos heavys de su clase y disfrutaban de ser distintos al resto casi tanto como de la música que les hacía vibrar cada vez que compraban un nuevo disco.

Entre clases, hablaban de montar su propio grupo y barajaban los mejores nombres. Javi solía ser el más extremo:

—Bestias del Infierno me gusta. O Truenos de metal... o Alas de Plata, o Batallón de...

—A mí me molaría mi nombre.

—¿Qué dices, tío? Qué egocéntrico, colega. “Y después de *Iron Maiden*, les presentamos... ¡A Andrés Marín!” ¿A ti te suena bien?

—Y tanto, como que has puesto a los *Maiden* teloneándome en tu ejemplo.

Cada intento de Javi por disuadir a su amigo o, al menos, convencerle de buscar un nombre más apropiado, terminaba con la misma frase:

—No, no... quiero que recuerden mi nombre.

Su estética se fue volviendo más extrema; una camiseta con el nombre de una banda ya no bastaba. Así fue como surgió el primer objeto incorporado a la estética que les definía: el clavo.

Andrés juraba haberlo encontrado al colarse en un garito heavy de la zona, antes de que le echasen.

En su incursión, aseguraba haber visto a los grupos que admiraban bebiendo cerveza y charlando como amigos: *Mago de Oz*, *Saratoga*, *Warcry*, *Avalanch*, *Stravaganzza*... todos reunidos; el clavo podría ser de cualquiera de sus integrantes.

—Tío, eres un mentiroso, si los de *Warcry* y *Avalanch* no viven ni en Madrid.

—Ah, ¿y les tienen prohibida la entrada o qué?

Javi no indagó más acerca de la procedencia de tan feo adorno y empezó, poco a poco, a ir desprendiéndose de los suyos.

Lo primero fue cortarse el pelo, lo que Andrés vivió como una traición fulgurante. Al interrogarle qué le había llevado a cometer semejante blasfemia, Javi empezó a hablarle de una chica pija de la clase de al lado y su amigo lo equiparó con una nueva versión de Sansón, renunciando a su fuerza por una mujer.

Con los 18, ambos seguían emocionándose del mismo modo con las canciones; tanto antiguas como nuevas, pero sólo uno de los dos conservaba el ímpetu por montar su propio grupo.

—Tío, no sé cómo en la escuela no encuentro a más gente, que la peña no se implica nada —le contaba Andrés, que había dejado los estudios y llevaba cuatro años recibiendo clases de canto.

—Pues porque la gente ya está a otras cosas; con la uni, o la novia...

—¿Y quién quiere novia teniendo grupis? —le preguntó Andrés, socarrón.

—¿Cuántas grupis tienes?

—Ninguna de momento, pero dame tiempo. Recordarán mi nombre.

A los veinticinco, hacía dos años que no sabían nada el uno del otro. Andrés seguía gastando los pocos ahorros que tenía en largas horas de ensayo con un grupo cuyos miembros fluctuaban cada vez con más frecuencia, y Javi había terminado la carrera de magisterio e iba a comenzar a impartir clases como profesor de historia cuando recibió la llamada.

—Disculpa, ¿eres Javi?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Ana, la madre de Andrés, que hace mucho que no hablamos.

—Claro, Ana, ¿qué pasa? ¿Todo bien?

—Andrés ha fallecido esta mañana.

Fue lo último que dijo antes de romper a llorar. Javier desconocía que, para costear los ensayos y las giras, los discos autoproducidos y las pagas a los miembros del grupo, su amigo llevaba unos años trabajando como albañil. La falta de sueño y las expectativas no cumplidas le hicieron caer desde muy alto, sobreviviendo al golpe, pero no a los días posteriores en el hospital. Su cuerpo se quebró muy lejos de los escenarios que soñaba, entre enfermeras corriendo que no escuchaban su música. Siempre creyó que moriría en un concierto, tras un grito de rabia, una huella contundente de su paso por el mundo. Su última muestra de rebeldía sería burlar a la muerte.

Falleció poco antes del amanecer, con un tubo en su brazo en lugar de una guitarra. Lo último que pidió antes de dejar el mundo fue un modesto legado para alguien que, hacía mucho tiempo, había sido su mejor amigo.

—Quería que tuvieras esto.

Las únicas palabras que pudo pronunciar su madre en el tanatorio, el único mensaje que dejaba ver el llanto, llegó acompañado de una promesa:

Cuando Javi extendió la mano, el frío metal del clavo actuó como juramento.

Abandonó la idea de enseñar en un colegio; en lugar de extirpar a nuevas generaciones la creatividad, llenaría de música sus almas.

Pasó diez años en los mejores conservatorios, las más prestigiosas escuelas de canto. Gastó todos sus ahorros en rodearse de los músicos más virtuosos. Rechazó con contundencia cada propuesta que le hacían para cambiar el nombre.

Y, justo al final de cada actuación, después de los últimos acordes; regresaba el mismo escalofrío que había sentido en el aquel lejano *Guardián de Troya*.

Seguirían conectados, aunque hubieran transcurrido más de veinte años. Aquel CD fue algo más que una pasión compartida: fue un pacto. Una liturgia de sangre que les hermanaría hasta la muerte. Incluso más allá.

Alzaba siempre el clavo al cielo, por si su dueño lo estuviera viendo. A veces, cuando la noche estaba despejada y su banda había desatado el infierno sobre el escenario, Javi veía una estrella brillando un poco más que el resto sobre el cielo. Más luminosa y apartada, quizá incomprendida. Una rebelde en el firmamento, orgullosa de saberse diferente a las demás. Lo interpretaba como la señal de que su amigo había escuchado al público gritar:

—¡AN—DRÉS MA—RÍN! AN—DRÉS MA—RÍN!

Alzaba siempre el clavo al cielo como muestra de la promesa que cumpliría de por vida.

Haría que recordasen su nombre.

